



Rambla del Poblenou, 38-40

1r, 3a

08005 Barcelona

Tel:

(93) 485 17 91

**EL DIRECTOR DE DINAMIZACION CULTURAL
DE LA UNIVERSITAT POLITECNICA DE CATALUNYA:
AMBITOS DE INTERVENCION Y PERFIL PROFESIONAL**

1.

Arte, ciencia, tecnología: una falsa oposición.

... "¿Letras o ciencias?"

Más allá de la anécdota o el tópico, la muletilla refleja uno de los rasgos estructurales de las teorías que sobre el conocimiento se fueron desarrollando en lo que hoy ya se conoce como "la época de la modernidad"; desde el Renacimiento hasta nuestros días, el pensamiento se escinde, los saberes se especializan. Leonardo da Vinci es, en este sentido, el primer hombre moderno y a la vez el último de los "sabios" medievales que integra saberes científicos, tecnológicos y estéticos.

En nuestro tiempo, las reflexiones de carácter epistemológico sobre la denominada "condición postmoderna" retoman la vieja utopía del pensamiento global, precisamente como vía de sutura de aquellos mil fragmentos en que la crisis de la modernidad rompió el espejo de la realidad contemporánea. Ciencia y arte devienen formas complementarias de conocimiento "mimético" (la "mimesis" clásica como analogía o imitación: los paradigmas científicos simulan -mimetizan- regiones ocultas de la realidad para explicarlas y comprenderlas, la intertextualidad y la copia ocupan cada vez más posiciones importantes en los procesos de la creación postmoderna...). Arte y tecnología devienen formas complementarias de conocimiento "poético" (la "poiesis" clásica como creación o invención: si algún ámbito del conocimiento contemporáneo concentra mayores dosis de creatividad que la propia producción artística se trata, sin ningún género de dudas, del conocimiento ingeniero: tecnológico, mediático, cibernético...

...¿Qué sentido tiene, en este contexto, postular nociones tales como "ingeniería social" o "ingeniería cultural"?

2.

¿Hacia una tercera generación de políticas sociales y culturales?.

Haciendo fácil paráfrasis, en el principio fueron los individuos y los objetos. Si rastreáramos los orígenes de las políticas sociales y culturales fácilmente encontraríamos, en los albores del pensamiento ilustrado, una cierta pasión por lo taxonómico y lo normativo que conlleva la clasificación de los individuos en función de su potencial validez como ciudadanos (surgen los primeros establecimientos que desde el Estado etiquetan, recluyen y tratan la desviación: manicomios, hospicios, cárceles y, en general, todos aquellos establecimientos eufemísticamente llamados "benéficos") y que, paralelamente, distingue los objetos en función de su presunto valor simbólico (hay artefactos que deben protegerse, guardarse y ser legados a las generaciones futuras porque contienen elementos de carácter simbólico que identifican a la comunidad que los ha generado; surge la noción de "patrimonio cultural" y, por extensión, sus espacios contenedores: museos, bibliotecas, archivos y todo aquello que, de un modo laxo, podríamos denominar "conservatorios").

Esta primera generación de políticas sociales benéficas y políticas culturales patrimoniales, propias de la configuración de un estado tradicional de carácter normativo, poco a poco da paso en Occidente a una segunda generación de políticas sociales y culturales íntimamente emparentadas con los principios del "welfare state" que, más allá de regular las condiciones para la actividad pública y privada de sus administrados, se plantea la oferta de servicios a los ciudadanos. Las políticas sociales devienen políticas de servicios sociales (ya no se trata de aislar al extraño, sino de generar servicios que permitan de nuevo su inserción social). Las políticas culturales se transforman en políticas de democratización de la cultura (de lo que se trata es de crear sistemas para que el mayor número de ciudadanos puedan gozar de aquellos objetos simbólicos hasta el momento almacenados en contenedores especiales: museos, etc., pero también grandes y extremadamente centralizados auditorios, teatros...)

Algunos teóricos de la crisis del Estado del Bienestar han reflexionado recientemente acerca de la relación existente entre la prestación de servicios y la creación de nuevas desigualdades sociales en una comunidad. A pesar de la paradoja evidente, las políticas de democratización de la cultura han generado, incluso en poblaciones socialmente normalizadas, nuevos indicios de desigualdad social: normalizar la oferta cultural (es decir, poner más cultura al alcance de los ciudadanos) es condición necesaria pero no suficiente para una distribución satisfactoria de dichos contingentes de cultura entre más ciudadanos. Estadísticas cantan: no más de un cinco por ciento de la población europea desarrolla prácticas culturales que puedan ser consideradas mínimamente satisfactorias. Indicios de nuevas desigualdades sociales reclaman nuevas formulaciones de las políticas públicas: de la normalización de la oferta a la promoción de condiciones para la práctica social normalizada.

Si la primera generación de políticas sociales y culturales (propias del Estado normativo tradicional) se fundamentaron en el concepto de la "administración" como principio rector y la segunda generación de políticas sociales y culturales (propias del Estado prestador de servicios moderno) se han basado en el concepto de la "gestión" como principio rector, una tercera generación de políticas sociales y culturales (en el marco de un Estado que algunos autores denominan relacional o arbitral) ¿pueden definirse como "políticas de ingeniería social y cultural" en la medida en que su principio rector consiste en el diseño y la creación de

condiciones que hagan posible la transformación de las prácticas ciudadanas?

3.

La Universidad de hoy en la ciudad educadora del futuro.

En honor a la verdad, es falso afirmar que el ingeniero del futuro trabajará en desarrollos sociales y culturales. Prestigiosos centros internacionales de investigación ingeniera tales como el M.I.T. (Massachusetts Institute of Technology) o la Carnegie Mellon University (universidad norteamericana líder en la investigación sobre cibernética e inteligencia artificial) coinciden en destacar la poca importancia que, en la actualidad, confieren al desarrollo de nuevos avances tecnológicos en sus programas. A pesar de la aleatoriedad de los grandes números, aseveran que **la humanidad, aún en el mejor y más desarrollado de los entornos, apenas utiliza un cinco por ciento de las potencialidades que se derivan de los más recientes avances tecnológicos.** De lo que se trata es de generar procesos de ingeniería social, de ingeniería cultural que posibiliten el desarrollo y la generalización de los nuevos entornos tecnológicos. En honor a la verdad, el "ingeniero" de hoy trabaja y debe trabajar en estos nuevos procesos.

En consonancia con lo expuesto no creo que resulte arriesgado afirmar que si el motor de los procesos sociales del siglo pasado fue aquello que denominamos el "administrador" y el motor de los procesos del siglo actual ha sido lo que hemos dado en llamar el "gestor" o "gerente", la próxima centuria reclama perfiles próximos al paradigma de "ingeniero" que apenas torpemente alcanzamos a esbozar.

Planteo la cuestión central sin más dilaciones: ¿Qué papel juega actualmente y debería jugar la Universidad -las universidades- en todo este proceso?

a)

Volviendo al "¿Letras o ciencias?": la tradicional división del saber académico en conocimientos humanísticos, científicos o tecnológicos hace tiempo ya que viene resultando obsoleta. Los estudios de humanidades siguen preparando a sus educandos para más o menos lo mismo que eran preparados allá por el Renacimiento; esto es, la producción de discurso (creación, investigación) o la reproducción del discurso (docencia). Mientras tanto, las demandas sociales y de mercado reclaman "nuevos humanistas" capaces de gestionar un proceso editorial o una galería de arte, capaces de manejarse entre marañas tecnológicas mediáticas como guionistas, productores, realizadores... Los estudios científicos siguen planteando con demasiada frecuencia sus parcelas como esferas puras y sublimes del conocimiento con escasa o nula vinculación a procesos vertebrales del desarrollo social: una sucinta mirada al entredicho que suelen entrañar los más recientes descubrimientos ejemplificaría con creces la anterior afirmación. Por fin, los estudios tecnológicos reclaman a gritos un "background" humanístico amplio para sus destinatarios como condición "sine qua non" para la inserción satisfactoria en el mercado de trabajo contemporáneo. Se impone, en consecuencia, **avanzar en procesos de integración de la cultura humanística, la cultura científica y la cultura tecnológica en los nuevos "curricula" académicos.**

b)

Si la Universidad del pasado fue una ínsula alejada de la realidad social y la Universidad de hoy se esfuerza por establecer puntos de cooperación y contacto con su entorno, la Universidad del futuro deberá ser a la vez espejo y ventana de una sociedad, de unas ciudades, en creciente proceso de autoreponsabilización y gestión conjunta de sus capacidades y competencias educadoras. Uso aquí un término a la moda en el lenguaje pedagógico: la "ciudad educadora" como espacio educativo integral que establece ósmosis entre las instituciones docentes y otros agentes educativos, convirtiéndose en catalizador múltiple e interactivo de procesos de aprendizaje.

...De la Universidad como expendiduría de saberes a la Ciudad Educadora como catalizador de aprendizajes.

4.

Consideraciones en torno a los ámbitos de intervención en el proyecto de dinamización cultural de la Universitat Politècnica de Catalunya.

Todo lo dicho hasta aquí no sería más que pura palabrería si no sirve para validar alguna de las dimensiones fundamentales del proyecto de dinamización cultural que nos ocupa. Aplicándonos, en cierta medida, el cuento vamos a intentar un breve ejercicio de "ingeniería" que nos permita traducir en diseño programático alguno de los conceptos utópicos expresados más arriba.

En primer lugar, es preciso constatar que nociones y programas tales como "Animación en la Universidad", "Acción cultural en la Universidad" o "Gestión Cultural en la Universidad" forman parte de la vida cotidiana de nuestros "campus", incluso en nuestro país. Superadas anteriores coyunturas históricas en las que profesores y estudiantes eran algo así como los enemigos inveterados de la institución académica, toda Universidad española que se precie ha adaptado con mayor o menor éxito y volumen de recursos programas de "dinamización" de la vida universitaria similares a los que venían desarrollándose tiempo ha en países para los que la vida universitaria era algo más que un tránsito precipitado por aulas, laboratorios y bares.

No obstante, la evidente proliferación de Vicerrectorados de Extensión Universitaria con competencias en la materia y de gestores culturales universitarios especializados, poco ha tenido que ver en nuestro país con la concepción de dicho tipo de servicios como algo que forma parte de lo estructural, de lo estratégico, por así decirlo del "disco duro" del funcionamiento de la institución docente. Sin apenas excepción, los programas culturales universitarios forman parte de la periferia de un sistema que, en términos organigramáticos, suele conceptuarlos como parte del "staff de apoyo" en el que se incluyen los servicios de cafetería, vigilancia o limpieza. Ni que decir tiene que toda relación de dichos programas culturales con lo específicamente académico o reglado suele ser fruto del error o la coincidencia.

Aunque resulte difícil de expresar en estas líneas, me da la impresión que lo poco que he tenido oportunidad de conocer de la propuesta de organización de un servicio de dinamización cultural en la Universitat Politècnica de Catalunya, se instala en parámetros diametralmente distintos:

a)

En lo que respecta a la propia consideración del servicio como parte constituyente del núcleo de producción de servicios para la propia comunidad universitaria. Cabe decir, en este sentido, que el proyecto reside en un programa de implantación mucho más ambiciosa que diseña una amplia oferta de servicios de toda índole dirigidos a la comunidad universitaria (estudiantes, profesores, personal auxiliar y de servicios) que, a mi juicio, constituye una operación sin precedentes en el contexto de las universidades del Estado.

b)

Por su decidida voluntad de interactuar con el diseño de "currícula" validos para el futuro inminente. Es inevitable la concomitancia entre alguno de los postulados teóricos expresados más arriba y el deseo enunciado por la Universitat Politècnica de Catalunya de avanzar hacia nuevos perfiles que integren las dimensiones humanística, científica y tecnológica del conocimiento humano en sus programas de formación de lo que podríamos denominar los "nuevos ingenieros".

c)

Por el carácter expansivo del proyecto hacia el exterior, el territorio, la comunidad, la ciudad -o las ciudades, si se tiene en cuenta la múltiple implantación territorial de las instalaciones de la Universitat Politècnica de Catalunya- no sólo a la búsqueda de alianzas con sectores punta de la producción industrial y de la reflexión intelectual, sino también formulando escenarios de intercambio de servicios con todo tipo de agentes de intervención territorial radicalmente innovadores en nuestro contexto.

5.

Del perfil profesional y las características del futuro responsable del proyecto de dinamización cultural de la Universitat Politècnica de Catalunya.

Si un poco más arriba se expresaron algunos de los rasgos de una presunta "tercera generación de políticas sociales y culturales", por lo expuesto hasta aquí puede resultar evidente que el proyecto que nos ocupa reclama un profesional que, asimismo, sea de "tercera generación"; es decir que, sin menoscabo de sus habilidades de administrador o de gestor sea, en buena medida, un "ingeniero" capaz:

a)

De administrar los recursos con eficiencia, desde la doble lógica del gasto pero también de la obtención de recursos propios.

b)

De gestionar los programas con eficacia, en todo aquello que respecta al diseño y la ejecución en sus múltiples modalidades.

c)

De diseñar con efectividad procesos de verdadera "ingeniería cultural".

Desde una perspectiva algo más pragmática, el responsable del proyecto debiera reunir características tales como la capacidad de articular una reflexión global genérica y una capacidad de intervención adecuada a las necesidades concretas, o la posesión de un triple conocimiento teórico interdisciplinar (el "saber" propiamente dicho), conocimiento instrumental o tecnológico amplio (el "saber hacer" o destreza en el manejo de técnicas de planificación y ejecución) y conocimiento profesional o deontológico adecuado (el "saber estar" que, por lo que hace al caso, tiene mucho que ver con capacidades notables para la comunicación y la negociación).

*Barcelona,
Julio de 1993.*